

¿CORNUCOPIA DE LA DATA? EL ESPEJISMO DE LA ABUNDANCIA EN LA DISCIPLINA HISTÓRICA

DATA CORNUCOPIA? THE MIRAGE OF ABUNDANCE IN THE HISTORICAL DISCIPLINE.

Alvarado Leyton, Matías *

RESUMEN

El artículo cuestiona la idea de una *cornucopia de la data* como símbolo de abundancia y acceso en la historiografía contemporánea. A partir de una revisión teórica, se propone entender el actual escenario digital como un *espejismo de la abundancia*, caracterizado por mediaciones algorítmicas, asimetrías epistémicas y pérdida de densidad interpretativa. Se reivindica la lentitud, la selección y la crítica como prácticas centrales del oficio histórico frente a la ilusión tecnoutópica del archivo total.

PALABRAS CLAVES

Historiografía digital; tecnoutopismo; epistemología histórica; fuentes históricas, big data; espejismo de la abundancia.

Recibido: 8 de octubre 2025

ABSTRACT

This article challenges the notion of a *data cornucopia* as a symbol of abundance and accessibility in contemporary historiography. Through a theoretical review, it argues that the digital environment represents a *mirage of abundance*, shaped by algorithmic mediation, epistemic asymmetries, and the loss of interpretive depth. It calls for slowness, selection, and critique as essential practices of historical inquiry against the technoutopian illusion of total archives.

KEY WORDS

Digital historiography; technoutopianism; historical epistemology; big data; historical sources, mirage of abundance.

Aceptado: 12 de enero 2026

* Doctor en Historia. Académico Regular Planta / Investigador de la Universidad Gabriela Mistral de Chile. Email: matias.alvarado@ugm.cl. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8743-8739>

INTRODUCCIÓN

El principal y más grande de todos los dioses del panteón olímpico fue, sin lugar a dudas –y más allá de cualquier reparo ético respecto a su conducta que sea posible realizar actualmente–, Zeus. Reconocido como el “padre de los dioses y de los hombres”, no solo por ser “el más fuerte y poderoso”, sino también, y principalmente, por su papel regente entre las criaturas trascendentes e intrascendentes de la mitología helena¹. Pese a esto, lo cierto es que su origen no estuvo exento de problemas. Como si el apetito de su padre Cronos y el abandono de su madre Rea, para salvaguardarlo, no hubiesen sido suficientes, lo cierto es que el entonces bebe nunca probó leche materna, quedando a cargo de curetes y ninfas y siendo escondido en una cueva en Creta. Fue así que aparece la figura de Amaltea, nodriza de Zeus. Dependiendo de quién cuente el mito, ésta fue una ninfa o una cabra. Entregando generosamente su leche, y siendo mezclada de vez en cuando con miel por las ninfas, Zeus se nutrió lo suficiente para crecer y enfrentar la teomaquia. De hecho, él mismo, en gesto de agradecimiento, y ya reinando, habría puesto a la cabra entre las estrellas².

Más allá del mito, lo interesante de esto es que la figura de Amaltea, en tanto cabra, se ha empleado para construir el símbolo de la cornucopia o, en palabras sencillas, el cuerno de la abundancia. Representando su capacidad de saciar el hambre del nuevo rey del panteón olímpico, el cuerno se ha

posicionado como un símbolo de prosperidad desde, al menos, el siglo V a. C. Es por eso que partir desarrollando esta idea parece interesante, ya que, actualmente, atravesamos lo que muchos consideran una verdadera cornucopia de la data. La *big data* o macrodatos se han posicionado como una realidad casi tangible para muchos en la actualidad. En este sentido, la gestión y análisis de conjuntos de datos masivos, complejos y que crecen exponencialmente a una cada vez más acelerada velocidad, superando la capacidad de las bases de datos tradicionales y de quienes las emplean, se ha vuelto la norma. Es así que, para los historiadores y muchos otros académicos de disciplinas afines –y, atrevimiento de sobra, de otras no tan cercanas– la idea de una cornucopia de la data se presenta como una realidad, un escenario donde se tiene a disposición una cantidad cada vez más grande de fuentes. No obstante, vale preguntarse ¿es esto realmente verdad?

Peter Burke, empleando la figura de “el caminante” de la obra *Der Wanderer über dem Nebelmeer* (1818) de Caspar David Friedrich –o, simplemente, *El caminante sobre el mar de nubes*–, ya se cuestionaba la necesidad de orientación del historiador en medio de lo que, a principios del milenio, se presentaba como una vastedad nebulosa tanto de fuentes como significados para la entonces pujante historia cultural³. El cuestionamiento entonces no fue menor y hoy, aparentemente, sigue haciendo eco, puesto que ese “mar de nubes” no ha hecho otra

1 Hesíodo, *Teogonía* (Madrid: Editorial Gredos, 2024), 56 y 63.

2 Eratóstenes, *Mitología del firmamento* (Madrid: Alianza Editorial, 1999); Cayo Julio Higino, *Fábulas. Astronomía* (Madrid: Ediciones Akal, 2008).

3 Peter Burke, *What is Cultural History?* (Cambridge: Polity Press, 2019).

cosa más que crecer, ya no solo para aquel especialista de la cultura, sino, actualmente, para cualquier interesado en la disciplina y sus múltiples ramas, volviéndose una realidad ineludible.

De esta manera, el presente artículo cuestiona la idea de una cornucopia de la data en los tiempos actuales, sosteniendo que, lejos de ser aquella respuesta a las necesidades del historiador, el presente escenario se plantea como uno donde en realidad experimentamos un espejismo de la abundancia, siendo limitados por acceso, uso y aprovechamiento, entre otras, de lo que ofrece la realidad. Para esto, se opta por una metodología correspondiente con la revisión crítica y conceptual de literatura especializada, centrada en obras clave de la teoría de la historia y de otras disciplinas. Se busca así cuestionar el tecnoutopismo en la disciplina y dar cuenta, de manera meditada, sobre las tensiones que aparecen como nuevas y se renuevan en la historiografía del siglo XXI.

TECNOUTOPISMO Y LA IDEA DE LA CORNUCOPIA DE LA DATA

Dar cuenta de una genealogía del tecnoutopismo es, a lo menos, complejo. Si bien es evidente el auge de esta idea con la revolución industrial, lo cierto es que, de una u otra manera, ya estaba presente desde mucho antes. Francis Bacon, asociado al empirismo, es probablemente uno de los primeros en defender el tecnoutopismo en

tiempos relativamente modernos. En su obra *La nueva Atlántida*, describió una sociedad ideal ubicada en la isla de Bensalem, gobernada por la “Casa de Salomón”, una institución dedicada a la investigación científica. En esta novela, la tecnología aparece como la respuesta unívoca para alcanzar un mejor futuro, siendo capaz de garantizar el bienestar y la prosperidad⁴.

Ya en la vorágine de la fragua, con el fuego y el hierro como protagonistas de la revolución, fue el matemático británico Charles Babbage, considerado hoy como “el padre de los ordenadores”, quien dedicó parte de su tiempo a la reflexión en torno a la tecnología, mostrando un marcado optimismo al respecto y posicionando a la máquina como un motor tanto económico como social⁵. A este sentir se sumaron algunos, como el autor escocés Samuel Smiles, para quien la máquina –y el trabajo industrial– funcionaban como elementos de moralización y progreso del ser humano⁶, o el autor estadounidense Edward Bellamy, quien, a través de su novela utópica *Looking Backward*, ambientada precisamente en el inicio de este milenio, plantea una sociedad ideal –y socialista– basada en el avance de las máquinas⁷. Incluso Karl Marx y Friedrich Engels parecieron avizorar un inevitable final, indicando cómo el avance de la tecnología extendería las bases no solo para la creación de una nueva sociedad, gracias a su capacidad de socavar las bases de instituciones como la Iglesia y el Estado,

4 Francis Bacon, *New Atlantis* (Londres: William Rawley, 2017 [1627]).

5 Charles Babbage, *On the Economy of Machinery and Manufactures* (Nueva York: Cambridge University Press, 2019).

6 Samuel Smiles, *Self-Help* (Auckland: John Murray, 2009 [1859]). [Disponible en: <https://dn721501.ca.archive.org/0/items/selfhelpwithillu00smilrich/selfhelpwithillu00smilrich.pdf>]. (Consultado el 30 marzo de 2026).

7 Edward Bellamy, *Looking Backward, 2000–1887* (Boston: Ticknor and Company, 1888).

sino también para la emergencia de nuevos seres humanos⁸.

El tecnoutopismo arribó así al siglo XX, siendo una creencia bastante popular, la cual, aparentemente, era compartida sin mayores miramientos por marxistas y liberales, por técnicos y humanistas. No obstante, los cuestionamientos, tarde o temprano, llegarían. Lewis Mumford, sociólogo, historiador y filósofo estadounidense, dedicó buena parte de su obra a entender las implicancias de la tecnología. En *Technics and Civilization*, uno de los mayores esfuerzos intelectuales a la fecha por analizar el desarrollo de la maquinaria y su técnica, Mumford indicó que gracias a este avance se consiguieron grandes transformaciones materiales en el mundo moderno, no obstante, lo más importante radicó en la transformación de la mentalidad del ser humano, la cual, propone, modificó incluso la cultura, para que esta se orientara hacia la lógica de las máquinas⁹. Este esfuerzo se vería opacado por el mismo autor con la publicación de *The Myth of the Machine*, obra que se compone de dos volúmenes, donde Mumford pretende dar cuenta de una mirada en profundidad a las fuerzas que han dado forma no solo al desarrollo de la moderna tecnología, sino también al ser humano¹⁰. En ambas obras, así como en

otras a su haber, el estadounidense explora no solo las posibilidades que ha ofrecido el avance tecnológico, sino también sus peligros.

Esta ambivalencia va a hacerse aún más patente tras la Segunda Guerra Mundial, particularmente tras el lanzamiento de las bombas nucleares en Hiroshima y Nagasaki, permitiendo que cuestionamientos como los de Jacques Ellul¹¹ o Langdon Winner¹² alcancen notoriedad, criticando, respectivamente, tanto al progreso técnico alcanzado como por alcanzar. No obstante, lo cierto es que, dado el impulso alcanzado por la tercera y, actualmente, cuarta revolución industrial, el tecnoutopismo sigue siendo una idea tentadora. Realidades patentes se han dado cuenta, por ejemplo, gracias a la idea de “aldea global” de Marshall McLuhan¹³ o la “sociedad red” de Manuel Castells¹⁴. Promesas de superar la industrialización se han enarbolado a través de la “sociedad de la información” de Daniel Bell¹⁵ o la “tercera ola” de Alvin Toffler¹⁶. Sueños sobre nuevas formas de colaboración y organización, así como de abundancia, se ven, respectivamente, en Clay Shirky¹⁷ y Chris Anderson¹⁸. Y otros, como indican Adriana Álvarez y Miriam Peña, “se encuentra[n] reflexionando acerca del papel que estas tecnologías representan en el desarrollo de sus disciplinas y modifican

8 James Hughes, *Citizen Cyborg. Why democratic societies must respond to the redesigned human of the future* (Cambridge: Westview Press, 2004).

9 Lewis Mumford, *Technics and Civilization* (London: Routledge & Kegan Paul Ltda., 1955 [1934]). [Disponible en: https://monoskop.org/images/f/fa/Mumford_Lewis_Technics_and_Civilization.pdf]. (Consultado el 30 de marzo de 2026).

10 Lewis Mumford, *El mito de la máquina. Técnica y evolución humana* (La Rioja: Editorial Pepitas de calabaza, 2010).

11 Jacques Ellul, *La technique ou l'enjeu du siècle* (Paris: Armand Colin, 1954).

12 Langdon Winner, *Autonomous Technology: Technics-out-of-Control as a Theme in Political Thought* (Cambridge: MIT Press, 1977).

13 Marshall McLuhan, *Understanding Media. The Extensions of Man* (Nueva York: McGraw-Hill, 1964).

14 Manuel Castells, *The Rise of the Network Society* (Oxford: Blackwell, 1996).

15 Daniel Bell, *The Coming of Post-Industrial Society* (Nueva York: Basic Books, 1973).

16 Alvin Toffler, *The Third Wave* (Nueva York: William Morrow, 1980).

17 Clay Shirky, *Here Comes Everybody. The Power of Organizing Without Organizations* (Londres: Penguin Publishing Group, 2008).

18 Chris Anderson, *The Long Tail: Why the Future of Business is Selling Less of More* (Nueva York: Grand Central Publishing, 2008).

las formas en las que hoy se crean y difunden los conocimientos sobre las sociedades del pasado y del presente”¹⁹. De esta manera, la tecnoutopía se sigue escribiendo día a día y, frente a este escenario, el historiador y su quehacer no son ajenos.

EL HISTORIADOR, SU PROCESO DE INVESTIGACIÓN Y LA CORNUCOPIA DE LA DATA

Más allá de cualquier disenso, es posible señalar que los historiadores cuentan con un proceso de investigación claramente identificable. Planteamiento del problema, revisión de bibliografía, búsqueda y selección de fuentes, crítica interna y externa de las fuentes, organización y clasificación, interpretación y análisis, síntesis y redacción, revisión y publicación. Son estos, en general –y reconociendo que a veces uno esta adelante o detrás de otro–, los pasos a seguir del historiador a la hora de trabajar.

Al respecto, cabe señalar que cada uno de estos elementos se ve tensionado frente a la cuarta revolución industrial y, particularmente, en la idea de una cornucopia de la data. Respecto al planteamiento del problema, es importante entender que la sobreabundancia de datos de la era digital transforma radicalmente el inicio de una investigación. Actualmente, los historiadores disponen de volúmenes de información antes insospechados, tanto textuales como audiovisuales, lo que amplía la posibilidad de formular preguntas iniciales no solo de

mayor escala, sino también más complejas. Ejemplo de esto es el actual acceso a una serie de repositorios internacionales, antes invisibles y/o de difícil acceso para un historiador, lo cual permite pensar transnacionalmente e integrar dimensiones múltiples –sociales, culturales, económicas y políticas, entre otras– a la hora de plantear un problema histórico. Como señala Christine Borgman, la expansión de las infraestructuras de datos digitales ha implicado que los proyectos académicos de todo tipo deban considerar desde el inicio esta nueva disponibilidad, estando en relación directa con su viabilidad²⁰. En este sentido, la cornucopia de la data aparece como una oportunidad para innovar en el planteamiento de preguntas.

No obstante, esa abundancia genera también una evidente tensión. Como señaló en su momento Charlie Gere, hablar de “lo digital”, es evocar, metonímicamente, toda la panoplia de simulacros virtuales, comunicaciones instantáneas, medios ubicuos y conectividad global que constituye gran parte de nuestra experiencia contemporánea²¹. Hannu Salmi, diría años más tarde, que cuando hablamos de “lo digital”, esto nos rodea, puesto que ordenadores, dispositivos móviles y flujos de información son solo una parte de la inevitable omnipresencia de “lo digital”²². Entonces, para el historiador, cuanto más accesible parecen ser las fuentes, más difícil resulta definir con claridad el objeto de estudio. El riesgo en este sentido parece radicar en la formulación de problemas excesivamente generales o, dicho en otras

19 Adriana Álvarez y Miriam Peña, “Las Humanidades Digitales en América Latina”, en *Virtualis* 7/13 (Monterrey 2016): 7.

20 Christine L. Borgman, *Big Data, Little Data, No Data: Scholarship in the Networked World* (Cambridge: MIT Press, 2015).

21 Charlie Gere, *Digital Culture* (London: Reaktion Books, 2002).

22 Hannu Salmi, *What is digital history?* (Cambridge: Polity Press, 2021).

palabras, que aparezcan como “omnívoros” frente al objeto, abarcando cada una de sus dimensiones, sin mayores criterios de selección historiográfica. Lara Putnam advierte sobre esto, indicando que las búsquedas en las actuales bases de datos, no solo múltiples, sino que también masivas, generan la sensación de un horizonte aparentemente ilimitado, inagotable e inabarcable, induciendo así muchas veces a preguntas menos refinadas²³. El desafío actual de los historiadores en este primer paso radica así, muchas veces, no solo en encontrar qué investigar, sino, más bien, en saber qué incorporar y qué apartar de sus investigaciones para no perderse en un mar de información.

Sumado a esto, la cornucopia de la data genera una presión metodológica extra sobre los historiadores, al tener que decidir qué escala espacial y temporal realmente justifica su problema de investigación. Si bien autores como Guldi y Armitage han propuesto que la digitalización abre la posibilidad de recuperar, por ejemplo, la *longue durée*²⁴, lo cierto es que también tensiona la capacidad del historiador a la hora de construir su problema de investigación, siendo así más importante su capacidad y experiencia, que los datos a su disposición. Esto nos recuerda una de las máximas de Edward Carr, “los hechos no hablan por sí mismos”²⁵. Son los historiadores quienes construyen problemas a partir de su tiempo, inquietudes, historias y debates, no simplemente por la disponibilidad

de fuentes primarias. De hecho, según Peter Burke, la historia cultural –y por extensión toda la disciplina– exige seleccionar objetos de estudio con criterios de relevancia, significación y contexto, lo cual no deja de ser cierto e, incluso, es mucho más importante tener en cuenta ante la actual cornucopia de la data²⁶.

Respecto a la revisión de bibliografía, la cornucopia ha transformado a esta en un proceso marcado por la hipervisibilidad –e hipovisibilidad– de ciertos textos. Plataformas como Web of Science (WoS), Scopus, Scielo o Latindex, cuentan con sus propias lógicas algorítmicas y terminan, en muchos casos, priorizando lo más citado y reciente, en desmedro de la calidad, lo que genera una tendencia a leer la historiografía a través del prisma de las métricas, más que desde su relevancia intelectual. Ya algunos han advertido como la tiranía de los indicadores cuantitativos en las evaluaciones académicas terminan por distorsionar y socavar las percepciones de la calidad frente a la cantidad, menoscabando, por lo demás, la pertinencia del investigador con sus obras ante la necesidad de publicar²⁷. En el caso de la disciplina histórica, este fenómeno es evidente en el caso de libros, capítulos o artículos menos citados, aunque no por ello de menor calidad; se puede decir que ocurre lo mismo respecto a obras surgidas desde nuevas corrientes críticas, por su novedad, y/o locales, por su naturaleza descentralizada.

23 Lara Putnam, “The Transnational and the Text-Searchable: Digitized Sources and the Shadows They Cast”, en *American Historical Review* 121/2 (Oxford 2016): 377–402.

24 Jo Guldi y David Armitage, *The History Manifesto* (Cambridge: Cambridge University Press, 2014).

25 Edward H. Carr, *What Is History?* (London: Macmillan, 1961).

26 Peter Burke, *What is Cultural History?*...

27 Diana Hicks, Paul Wouters, Ludo Waltman, Sarah de Rijcke e Ismael Rafols, “Bibliometrics: The Leiden Manifesto for Research Metrics”, en *Nature* 520/7548 (London 2015): 429–431.

La revisión bibliográfica se ve, por lo demás, atravesada por un fenómeno muy particular que vale tener en cuenta, la asimetría en la digitalización. Mientras ciertas editoriales, centros de estudios, institutos y/o universidades cuentan con los recursos para producir y difundir el contenido académico de sus investigadores con una naturaleza de acceso abierto, lo que se conoce como open data, lo cierto es que otros no comparten esta realidad. Asimismo, pensando en una crítica poscolonial, lo cierto es que también buena parte de la producción historiográfica de regiones históricamente periféricas ha permanecido fuera de los grandes índices digitales. Ejemplo de ello se encuentra en la baja cantidad de revistas indexadas como WoS que sean de habla hispana o, si se quiere, de lenguas africanas y/o asiáticas. Al respecto, James Cortada y William Aspray señalan que esta desigualdad perpetúa narrativas anglosajonas y reduce la diversidad de perspectivas en la academia²⁸. A ello se suma que, en la era de la cuarta revolución industrial, y como ya fue señalado, la presión por la inmediatez empuja a la gran mayoría de los investigadores a privilegiar lo más accesible sobre lo más relevante²⁹. De este modo, la revisión historiográfica corre el riesgo de reproducir sesgos tanto económico-institucionales como tecnológico-geográficos.

Otro desafío a la hora de pensar en la actual revisión bibliográfica se encuentra en la satu-

ración cognitiva que genera el exceso de data disponible. El investigador debe lidiar hoy con un flujo interminable de artículos, capítulos y libros, además de un listado aparentemente inacabable de repositorios digitales, lo cual es humanamente imposible de abarcar en profundidad y mucho menos de establecer jerarquías y/o, incluso, de distinguir lo marginal de lo central. Borgman lo describe como el paso de un ecosistema de escasez a uno de sobrecarga, donde el reto ya no es encontrar bibliografía, sino analizarla, seleccionarla y organizarla³⁰. Más allá de que no toda esta data es realmente *open data*, lo cierto es que su cantidad exige metodologías explícitas de sistematización apoyadas actualmente por plataformas o inteligencias artificiales, lo cual, a su vez, supone nuevamente un problema respecto al sesgo de las lógicas algorítmicas generalmente presentadas como neutras³¹. Cohen y Rosenzweig ya advertían que la historia digital corría el riesgo de perder el contacto con la crítica historiográfica si solo se cultivaba una lectura instrumental de la bibliografía y no analítica³².

Respecto a la búsqueda y selección de fuentes, la cornucopia se manifiesta en un ecosistema caracterizado por la –como ya se advirtió, aparente– hiperdisponibilidad de materiales digitales, lo que produce la sensación de acceso ilimitado al pasado. Esta realidad marca lo que Ian Milligan denomina

28 James W. Cortada y William Aspray, *From Urban Legends to Political Fact-Checking: Online Scrutiny in America* (Cham: Springer Cham, 2019).

29 Aileen Fyfe, Kelly Coate, Stephen Curry, Stuart Lawson, Noah Moxham y Camilla Mørk Røstvik, *Untangling Academic Publishing: A History of the Relationship Between Commercial Interests, Academic Prestige and the Circulation of Research* (Cambridge: University of St Andrews, 2017).

30 Borgman, *Big Data, Little Data...*

31 Rodrigo Ramírez Autrán, “Sesgos y discriminaciones sociales de los algoritmos en Inteligencia Artificial: Una revisión documental”, en *Entretextos* 15/39 (México, 2023): 4.

32 Daniel J. Cohen y Roy Rosenzweig, *Digital History: A Guide to Gathering, Preserving, and Presenting the Past on the Web* (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2005).

como un “paradigma de abundancia”, en el que los historiadores enfrentan bases de datos masivas, archivos digitalizados y plataformas con millones de registros textuales y audiovisuales³³. Sin embargo, al respecto, caben dos precauciones. Primero, no confundir fuentes con datos, puesto que las primeras, actualmente, se suelen encontrar digitalizadas, más no así siempre sus datos, es decir, su OCR, ni sus metadatos, ni otros datos generados y de importancia para el acceso a las fuentes digitales. Roberto Franzosi, por ejemplo, aclara esta distinción de manera más cabal al pensar en un insumo típico –y hoy en día también digitalizado– de la disciplina histórica: la prensa³⁴. De ahí que sea no solo reconocer la empresa llevada a cabo por diferentes hemerotecas digitales en este sentido, así como la necesidad de entender un trabajo diferenciado con estos datos extraídos de fuentes digitales, ya que, no solo su acceso no es fácil, sino que también su procesamiento es más complejo –porque requiere trabajar con algoritmos específicos– y el tipo de trabajo de visualización y de análisis requiere de técnicas diferenciadas que pueden –o no– producir narraciones históricas diferentes. Y segundo, lo cierto es que esa abundancia es selectiva y, por lo demás, mediada, es decir, solo una fracción del patrimonio documental ha sido digitalizada, generalmente aquello que responde a

prioridades institucionales, estratégicas y/o geográficas determinadas³⁵. El investigador, por tanto, no accede de forma completa al pasado, sino más bien a una versión acotada y muestral de este, lo que, aunque normal en la disciplina, queda aquí mediado por políticas de digitalización, financiamiento y visibilidad algorítmica, y no por el mero azar del devenir como antes.

Este fenómeno tiene consecuencias epistemológicas, ya que lo que no está digitalizado tiende a percibirse como marginal o, incluso, inexistente. Roy Rosenzweig advirtió tempranamente que la digitalización, lejos de garantizar acceso universal, podía reproducir desigualdades y sesgos archivísticos³⁶. Christine Borgman complementa esta advertencia al señalar que, finalmente, las infraestructuras de datos están lejos de ser imparciales, siendo más bien construcciones sociales, las cuales seleccionan, jerarquizan y omiten en función de determinados intereses³⁷.

Otro desafío radica en la descontextualización de las colecciones digitales. Julia Flanders y Fotis Jannidis³⁸ subrayan que las bases de datos tienden a generar esto en los documentos, ya que, al digitalizarlos, con sus múltiples ventajas, también se pierde su materialidad original –formato, soporte y/o ubicación, por ejemplo– y se debilitan

33 Ian Milligan, *History in the Age of Abundance? How the Web Is Transforming Historical Research* (Montreal & Kingston: McGill–Queen’s University Press, 2019).

34 Roberto Franzosi, “La prensa como fuente de datos socio-históricos: Cuestiones sobre la metodología de recolección de datos a partir de periódicos”, en *Revista de Estudios Marítimos y Sociales* 1/11 (Mar del Plata 2017): 255-286.

35 Niels Brügger, *The Archived Web: Doing History in the Digital Age* (Cambridge: MIT Press, 2018); Melissa Terras, “Digitisation and Digital Resources in the Humanities”, en *Digital Humanities Quarterly* 5/1 (Boston 2011): 47-70.

36 Roy Rosenzweig, “The Road to Xanadu: Public and Private Pathways on the History Web”, en *Journal of American History* 88/2 (Oxford 2001): 548-579.

37 Borgman, *Big Data, Little Data, ...*

38 Flanders, J. y Jannidis, F. (eds.), *The shape of data in digital humanities: modeling texts and text-based resources* (Londres: Routledge, 2018).

las pistas sobre su contexto de producción y circulación. Este desajuste afecta la lectura crítica del historiador y puede fomentar interpretaciones anacrónicas. Además, la automatización de búsquedas mediante algoritmos y/o reconocimiento óptico de caracteres (OCR) genera falsos negativos y errores³⁹. Al respecto, Franco Moretti propuso el método de la “lectura distante” para explorar grandes corpus documentales, abriendo posibilidades inéditas para la historia⁴⁰. No obstante, lo cierto es que el actual uso de inteligencias artificiales y sus algoritmos de detección y análisis automático pueden reforzar sesgos implícitos en la búsqueda de los datos y oscurecer los criterios de selección⁴¹.

Finalmente, la cornucopia de la data redefine también la noción misma de fuente primaria. Archivos web, redes sociales, publicaciones, videos, podcasts, memes y bases de datos de variopinta naturaleza conforman actualmente un entramado de posibilidades para el historiador, donde se difuminan las fronteras entre producción, circulación y consumo, además de la tensión respecto a su preservación y –re– significación. Como propone Niels Brügger, el archivo digital en general es aconsejable verlo como “un objeto en movimiento”, es decir, en constante construcción⁴². Esta condición exige al historiador desarrollar competencias no solo técnicas, sino también éticas, para así no quedar atrapado en las opciones que ofrece la *big data*.

Respecto a la crítica interna y externa de las fuentes, para algunos núcleos del oficio del historiador desde su profesionalización en el siglo XIX, ésta enfrenta un nuevo escenario bajo la cornucopia de la data. La digitalización masiva, el uso de inteligencia artificial y la automatización de los procesos de archivo, entre otros, han alterado la relación tradicional con la fuente. Jacques Derrida ya advertía sobre esto tempranamente al indicar que todo archivo es una “tecnología de inscripción”, es decir, un dispositivo que no solo conserva, sino que también reconfigura. En el presente, como ya fue indicado, esa reconfiguración se multiplica, ya que los documentos pierden su soporte original, son sometidos a procesos de OCR, son comprimidos y convertidos en meta datos, son subidos y bajados arbitrariamente, y circulan en un formato que modifica su estructura y realidad⁴³. Esto obliga al historiador a desarrollar una nueva crítica material, que contemple lo que podemos considerar como la “vida técnica” de la fuente digital, es decir, su formato, origen, proceso de digitalización y condiciones de acceso, entre otros. Además, como subraya Trevor Owens, cuestiones como la evaluación de autenticidad ya no pueden limitarse a la procedencia documental, sino que deben incorporar el análisis de los sistemas técnicos que median su producción, circulación y consumo⁴⁴.

A esta dimensión material se suma una tensión epistemológica, ya que la automatización de la búsqueda y, particularmente, del

39 Melvin Wevers y Thomas Smits, “The Visual Digital Turn: Using Neural Networks to Study Historical Images”, en *Digital Scholarship in the Humanities* 35, 1 (2020): 194-207.

40 Franco Moretti, *Distant Reading* (London: Verso, 2013).

41 Alan Liu, “The Meaning of the Digital Humanities”, en *PMLA* 128/2 (Cambridge, 2013): 409-423.

42 Brügger, *The Archived Web...*

43 Ídem.

44 Trevor Owens, *The Theory and Craft of Digital Preservation* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2018).

análisis introduce nuevas capas de opacidad. Los algoritmos –frecuentemente diseñados fuera del ámbito historiográfico– establecen criterios de selección muchas veces inaccesibles para el usuario. Al respecto, Safiya Noble ha demostrado cómo estos sistemas pueden reproducir sesgos culturales, de género o, incluso, raciales, afectando incluso la manera en que ciertos documentos aparecen y/o desaparecen en las consultas⁴⁵. Johanna Drucker sugiere así que las fuentes históricas digitalizadas deben entenderse como “*capta*” y no como “*data*”, en tanto uno se toma activamente y otro es dado pasivamente⁴⁶. En este sentido, la crítica interna debe incorporar la reflexión no solo sobre la actual mediación algorítmica en la búsqueda y selección de fuentes, sino también en la naturaleza interpretativa de los datos digitales⁴⁷. Como ha señalado Lisa Gitelman, “los datos nunca son brutos”, y su aparente neutralidad enmascara decisiones tanto técnicas como humanas, cruzadas por toda una serie de intereses y posibilidades⁴⁸. Así, la crítica de fuentes en la era digital implica un doble ejercicio: recuperar la materialidad perdida y desenmascarar la lógica invisible que estructura la disponible información.

Respecto a la organización y clasificación, y más allá de cualquier repetición, lo cierto es que llevar a cabo esto en la era de la cuarta revolución industrial no es sencillo. El historiador, romanticismo aparte, ya no se puede limitar al fichaje y/o catalogación

hecha a mano. Hoy en día debe usar bases de datos, software de referencias, plataformas en la nube y herramientas de análisis automatizado. Christine Borgman denomina a esto como el “ecosistema de datos académicos”, donde cada decisión, incluso técnica –formato, etiquetado, metadato y/o plataforma escogida– incide directamente en la forma en que se produce conocimiento⁴⁹. En la disciplina histórica, este proceso exige desarrollar una alfabetización que le permita al investigador combinar criterios archivísticos y disciplinares con competencias digitales⁵⁰. Sin esa mediación crítica se corre el riesgo de desplazar las categorías históricas por taxonomías que no son propias –ni funcionales– de la disciplina⁵¹. No obstante, lo cierto es que la dependencia de sistemas de almacenamiento y/u organización digital, como lo son Zotero, Mendeley, Onedrive, Dropbox o Google Drive, por solo mencionar algunos, las cuales, a su vez, responden a empresas y sus intereses, pueden modificar abruptamente el proceso de investigación, ya que sus políticas de acceso o almacenamiento se encuentran fuera del control del investigador y la estabilidad de los datos se ve tensionada por cuestiones como el financiamiento. Al respecto, parece que solo queda tener estrategias de documentación más activas⁵².

Respecto a la interpretación y análisis, lo cierto es que buena parte del trabajo se ha

45 Safiya Umoja Noble, *Algorithms of Oppression: How Search Engines Reinforce Racism* (Nueva York: New York University Press, 2018).

46 Johanna Drucker, “Humanities Approaches to Graphical Display”, en *Digital Humanities Quarterly* 5/1 (Boston 2011): 1-22.

47 Johanna Drucker, *Graphesis: Visual Forms of Knowledge Production* (Cambridge: Harvard University Press, 2014).

48 Lisa Gitelman (ed.), *Raw Data Is an Oxymoron* (Cambridge: MIT Press, 2013).

49 Borgman, *Big Data, Little Data...*

50 Milligan, *History in the Age...*

51 Jennifer Edmond (ed.), *Digital Technology and the Practices of Humanities Research* (London: Open Book Publishers, 2020)

52 Owens, *The Theory and Craft...*

trasladado a lo que se conoce como la datificación, la cual ha impulsado una tendencia a privilegiar el patrón sobre la narrativa, el número sobre la letra. Actualmente, investigaciones históricas de todo tipo buscan regularidades estadísticas más que explicaciones causales y/o contextuales. Más allá de las diferencias metodológicas que esto supone, representadas, por ejemplo, en las figuras ya mencionadas de Franco Moretti y Johanna Drucker, lo cierto es que, no se puede olvidar, el análisis digital termina por amplificar el impacto de los registros más dominantes, entiéndase como los mejor digitalizados o más citados, y disminuir a otros. En este nuevo escenario, el desafío parece radicar en no oponerse al análisis automatizado, sino reintegrar el juicio histórico y la crítica contextual dentro del uso de las actuales herramientas, de modo que la interpretación conserve su dimensión reflexiva e histórica⁵³.

Respecto a la síntesis y redacción, los desafíos no son menores. Por un lado, la saturación de datos que caracteriza la investigación histórica en la era digital plantea un desafío narrativo central a la hora de discernir qué contar y qué omitir en lo que aparenta ser un mar de información. En este contexto, la tarea de dar forma y sentido al pasado requiere recuperar la función interpretativa del historiador frente a la tentación –también bastante disciplinar– de la mera acumulación. Hayden White ya planteó en su momento que

toda historia implica un acto de *emplotment*, es decir, una operación narrativa que organiza los hechos en una trama significativa⁵⁴. Sin embargo, la cornucopia de la data amenaza con diluir ese fin bajo el peso de la exhaustividad que exige tamaña cantidad disponible de información. Ian Milligan advierte sobre esto indicando que el exceso de fuentes digitales produce una especie de “ruido de fondo” que dificulta distinguir patrones relevantes, y obliga a diseñar estrategias de selección basadas en criterios teóricos y no solo técnicos⁵⁵. Asimismo, siguiendo con esta línea, Gabriella Giannachi sostiene que la escritura en los actuales entornos digitales debe buscar el equilibrio entre claridad, rigor y transparencia, transformando la narrativa histórica en un acto de verdadera curaduría intelectual⁵⁶.

Por otro lado, la escritura artesanal del historiador –entendida como un ejercicio reflexivo, lento y romántico– se ve tensionada por las posibilidades de la eficiencia del texto generativo producido por las inteligencias artificiales. Al respecto, es fundamental entender que el historiador, al escribir, no solo organiza datos y da forma y sentido al relato, sino que también interpreta las fuentes, sus silencios, duda, reflexiona, estiliza su prosa y valora, prácticas que, finalmente, constituyen la esencia del oficio del historiador. Roger Chartier⁵⁷ y Arlette Farge⁵⁸ han defendido la escritura como el lugar donde la historia

53 Tim Hitchcock, “Confronting the Digital: Or How Academic History Writing Lost the Plot”, en *Cultural and Social History* 10/1 (Reino Unido 2013): 9-23.

54 Hayden White, *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1973).

55 Milligan, *History in the Age...*

56 Gabriella Giannachi, *Archive Everything: Mapping the Everyday* (Cambridge: MIT Press, 2016).

57 Roger Chartier, *El orden de los libros: Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII* (Madrid: Gedisa, 2014).

58 Arlette Farge, *Le goût de l'archive* (Paris: Éditions du Seuil, 2013).

se vuelve experiencia. Frente a ello, las inteligencias artificiales con generación de texto automática introducen un nuevo paradigma, más pragmático, eficiente y productivo, aunque también con un grave riesgo de caer en la estandarización estilística e interpretativa. Drucker advierte así que delegar la producción textual a las inteligencias artificiales supone un riesgo de vaciar el componente hermenéutico de la investigación histórica, así como sustituir al autor, humano y cargado de sus propias experiencias, por una sintaxis que, aunque práctica, carece de sujeto y sensibilidad alguna⁵⁹.

Finalmente, respecto a la revisión y publicación en la era de la cornucopia de la data, el problema ya no consiste únicamente en publicar resultados, sino en cómo hacerlos visibles y relevantes dentro de un sistema saturado de información. La difusión se convierte así en un nuevo campo de competencia académica, donde la legitimidad del conocimiento se disputa entre los criterios tradicionales de revisión por pares y las lógicas de visibilidad propias de los entornos digitales. El sistema actual de publicación académica, profundamente condicionado por indicadores, métricas y plataformas comerciales, tiende a privilegiar la exposición por sobre la reflexión, desplazando el ideal ilustrado de muchos académicos por el imperativo de la exposición⁶⁰. En la disciplina histórica, este fenómeno se acentúa porque los productos digitales coexisten con los

productos de formatos tradicionales, generando un paisaje híbrido donde la autoridad –y valor de la investigación– se fragmenta⁶¹. Como bien señala Kathleen Fitzpatrick, destacar en medio de la cornucopia implica un equilibrio delicado entre rigor disciplinar y participación pública, entre mantener el rol de académico y adoptar un rol más público, con formatos accesibles y abiertos⁶². El reto del historiador no es así renunciar a la exigencia crítica de la disciplina, sino reaprender a comunicar con profundidad en un entorno de exceso, construyendo una presencia digital que preserve el sentido del oficio histórico.

EL ESPEJISMO DE LA ABUNDANCIA, UNA REALIDAD

La cornucopia de la data no parece solo ser así problemática para el actual historiador, suponiendo –y reflotando– toda una serie de desafíos, sino también imaginaria o, al menos, cuestionable. En este sentido, son cuatro las ideas a desarrollar.

Primero, la llamada cornucopia de la data parece prometer al historiador contemporáneo un acceso ilimitado y democratizado al pasado. Sin embargo, esta idea de abundancia es más una ficción técnica que una condición real del trabajo cotidiano. Lo que la cuarta revolución industrial ofrece no es un acceso al archivo completo del mundo, sino más bien un recorte mediado por decisiones técnicas,

59 Johanna Drucker, *The Digital Humanities Coursebook: An Introduction to Digital Methods for Research and Scholarship* (Londres: Routledge, 2021).

60 Fyfe et al., *Untangling Academic Publishing...*

61 Martin Paul Eve, *Open Access and the Humanities: Contexts, Controversies and the Future* (Cambridge: Cambridge University Press, 2014).

62 Kathleen Fitzpatrick, *Generous Thinking: A Radical Approach to Saving the University* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2019).

comerciales e institucionales. Respecto a esto, Borgman recuerda que toda infraestructura de datos implica una política del acceso, donde sus criterios, como los de disponibilidad y/o formato, determinan qué conocimiento finalmente puede producirse⁶³. En este sentido, la abundancia no elimina las barreras de los archivos y sus fuentes, sino que las reformula, desplazando el poder de selección desde los curadores humanos a los algoritmos.

En la práctica, la mediación invisible redefine la relación entre el investigador y sus fuentes. Plataformas de búsqueda académica como Google Scholar o JSTOR operan como verdaderos intermediarios epistémicos, estableciendo jerarquías de relevancia –y visibilización– mediante métricas de citación y/o de popularidad. Al respecto, Rodrigo Ramírez advierte sobre cómo los algoritmos de búsqueda no son neutrales, sino que reproducen desigualdades de todo tipo⁶⁴. Putnam se refiere a esto a través del concepto de “sombras historiográficas”, es decir, espacios del conocimiento que quedan invisibilizados porque no son parte –o priorizados– por las plataformas de búsqueda⁶⁵. De esta manera, el historiador se enfrenta a una aparente paradoja, ya que, cuanto mayor es el volumen de información disponible, parece ser aún más lo que no vemos en el horizonte.

Por lo demás, la supuesta objetividad de los datos parece solo reforzar una suerte de fetichismo tecnológico. Como advierte Rob

Kitchin, los datos son siempre productos de selección, categorización y modelamiento, no simples reflejos de la realidad. Su aparente neutralidad encubre procesos de normalización que definen qué información se conserva y cuál se descarta⁶⁶. En la disciplina histórica, esto equivale a reemplazar la crítica documental por una confianza excesiva en la arquitectura técnica que organiza los datos en la web. Evelyn Ruppert, Engin Isin y Didier Bigo parecen ir aún más allá, al afirmar que las nuevas herramientas técnicas en manos del historiador producen realidades al mismo tiempo que aparentan describirlas, es decir, no solo registran el pasado, sino que lo fabrican performativamente mediante sus protocolos⁶⁷. El historiador así debe tener en cuenta este desplazamiento epistemológico, debido a que la fuente ya no es solo testimonio del pasado, sino también el resultado de una serie de operaciones algorítmicas muchas veces ajenas e invisibles, lo que demanda una lectura crítica de su propia mediación.

A ello se suma la creciente opacidad en las estructuras del conocimiento histórico contemporáneo. Nick Couldry y Ulises Mejías se refieren a este fenómeno como el “colonialismo de datos”, indicando que, finalmente, son plataformas internacionales –aunque principalmente ligadas al norte global–, quienes controlan la información, redefiniendo así la soberanía epistémica⁶⁸. En relación con esto, Helen Kennedy subraya cómo la visualización de datos, presentada

63 Borgman, *Big Data, Little Data...*

64 Ramírez, “Sesgos y discriminaciones sociales...”, 4.

65 Putnam, “The Transnational and the Text-Searchable...”, 377–402.

66 Rob Kitchin, *The Data Revolution: Big Data, Open Data, Data Infrastructures and Their Consequences* (London: SAGE, 2014).

67 Evelyn Ruppert, Engin Isin y Didier Bigo, “Data Politics”, en *Big Data & Society* 4/2 (California 2017): 1-7.

68 Nick Couldry y Ulises A. Mejías, *The Costs of Connection: How Data Is Colonizing Human Life and Appropriating It for Capitalism* (Stanford: Stanford University Press, 2019).

como transparente, naturaliza relaciones de poder bajo formas aparentemente neutras⁶⁹. El historiador debe así ser consciente que la abundancia de información, lejos de resolver todos los problemas del conocimiento, instala una nueva serie de tensiones sobre este, generando –y regenerando– relaciones de dependencia, impulsando una serie de despolitizaciones y/o planteando un escenario de aparente acceso masivo a la información que en realidad convive con una merma crítica.

Segundo, la cornucopia de la data ha transformado radicalmente la relación del historiador con sus materiales, generando una pérdida de densidad, al desplazar la experiencia incluso sensorial del archivo por una interfaz deshumanizada y abstracta, y una sobrecarga cognitiva. La fuente digital, despojada de su textura, olor e incluso peso, se convierte en una imagen plana de su original, una serie de bytes descontextualizados que sustituyen no solo al original, sino también a la vivencia misma de su visualización. Al respecto, Matthew Kirschenbaum advierte que la materialidad digital en realidad no desaparece, sino que se reconfigura en capas técnicas invisibles que median silenciosamente por la autenticidad del documento⁷⁰. Este desplazamiento implica que el contacto con el pasado se torna cada vez más mediado por infraestructuras ajenas al historiador, y menos por su experiencia directa con los vestigios. Caroline Bassett señala que esta transición redefine el oficio historiográfico, ya que actualmente no se trata de encontrar

una fuente, sino de navegar entre representaciones de representaciones⁷¹, un proceso que, finalmente, diluye la densidad empírica de la disciplina en favor de la inmediatez digital.

Esta pérdida de espesor material conlleva también un problema de sobrecarga cognitiva. La multiplicación de fuentes, copias y diferentes versiones produce una saturación informativa que dificulta establecer jerarquía alguna, distinguir lo relevante o identificar contradicciones significativas. James Gleick parece no haber errado al describir esta situación de la “era de la información total” como una donde la abundancia misma se convierte en un obstáculo para el conocimiento⁷². Sobre esto se refiere Andrew Hoskins al hablar de una “memoria conectiva”, la cual, caracterizada por la velocidad y la simultaneidad, impide consolidar procesos de análisis y genera una sensación de inmediatez –y urgencia– permanente⁷³. El historiador se enfrenta así a un nuevo tipo de fatiga, ya no a las horas que pesan sobre el cuerpo realizando el trabajo en el archivo, sino la de su juicio frente a la pantalla, saturado por un flujo constante y creciente de opciones. Que queda, por lo demás, decir de los profesionales de la archivística, quienes, según Edward Hampshire y Valerie Johnson, atraviesan una serie de dramáticos cambios gracias al acceso en línea y las presiones actuales de la digitalización de registros en papel en términos de legislación, valoración y destrucción, preservación, búsqueda e, incluso, veracidad⁷⁴.

69 Helen Kennedy, *Post, Mine, Repeat: Social Media Data Mining Becomes Ordinary* (London: Palgrave Macmillan, 2016).

70 Matthew G. Kirschenbaum, *Mechanisms: New Media and the Forensic Imagination* (Cambridge: MIT Press, 2008).

71 Caroline Bassett, *The Arc and the Machine: Narrative and New Media* (Manchester: Manchester University Press, 2015).

72 James Gleick, *The Information: A History, a Theory, a Flood* (Nueva York: Pantheon Books, 2011).

73 Andrew Hoskins, *Digital Memory Studies: Media Pasts in Transition* (London: Routledge, 2018).

74 Edward Hampshire y Valerie Johnson, “The Digital World and the Future of Historical Research”, en *Twentieth Century British History* 20/3 (London, 2009): 396-414.

De esta manera, se vuelve evidente que, en este escenario, el trabajo de selección se vuelve una tarea interpretativa crucial para el historiador. Franco Berardi indica así que el exceso de información genera una “crisis de atención” que debilita la capacidad de elaborar sentido y de producir pensamiento crítico⁷⁵. Jussi Parikka propone incluso pensar los archivos digitales como “ecologías mediáticas” donde el ruido y la repetición forman parte de su naturaleza, redefiniendo la noción clásica de documento único y estable⁷⁶. Esta realidad afecta directamente al historiador, cuya labor depende muchas veces de la lentitud del análisis y del contraste de fuentes. Frente a nuevos paradigmas, la disciplina histórica se ve obligada a reivindicar la pausa como método, el archivo como resistencia y el pensar como un oficio.

La sobreabundancia, en consecuencia, no amplía necesariamente el horizonte del saber histórico, llegando, incluso, a mermarlo al disolver la capacidad de discriminación de sus investigadores. Al estar todo aparentemente expuesto, no se pierde tiempo en comprenderlo⁷⁷. El historiador enfrenta así un nuevo dilema epistemológico, teniendo que aprender a pensar en la escasez dentro de la abundancia, a construir sentido en medio del sinsentido, a criticar en un mar de ruido. La cornucopia digital así, en lugar de garantizar conocimiento, puede convertir la historia en una cartografía infinita y sin relieve alguno, donde la información se

multiplica mientras se erosiona su mismo sentido.

Tercero, la cornucopia de la data ha venido acompañada de un discurso de democratización de la información, no obstante, lo cierto es que los archivos digitales continúan marcados por asimetrías estructurales de poder y de representación. Al respecto, solo mencionar que la mayor parte del conocimiento disponible en línea se alberga desde instituciones del norte global, mientras que el sur permanece fragmentado, desfinanciado y/o fuera de los sistemas de indexación internacionales. Sabelo Ndlovu-Gatsheni se refiere a esto como una extensión del “colonialismo epistémico”, donde la modernidad consolida el dominio de ciertos centros sobre las periferias⁷⁸. Ahondando en esto, Walter D. Mignolo advierte que dicha colonialidad no se supera mediante la conectividad, sino a través de una reconfiguración completa de las infraestructuras tecnológicas⁷⁹.

Esta desigualdad no solo es geográfica, sino también infraestructural. Las plataformas de almacenamiento, preservación, búsqueda y difusión pertenecen en su mayoría a corporaciones privadas que controlan los flujos de información. Gabriella Coleman ha mostrado cómo la cultura digital, aunque se presenta como abierta y colaborativa, se sustenta en sistemas cerrados de propiedad tecnológica⁸⁰. Janis Jefferies y Sarah Kember sostienen así también que la llamada “ciencia abierta” se

75 Franco Berardi, *Futurability: The Age of Impotence and the Horizon of Possibility* (London: Verso, 2017).

76 Jussi Parikka, *What Is Media Archaeology?* (Cambridge: Polity Press, 2012).

77 Byung-Chul Han, *En el enjambre* (Barcelona: Herder, 2017).

78 Sabelo J. Ndlovu-Gatsheni, *Epistemic Freedom in Africa: Deprovincialization and Decolonization* (London: Routledge, 2018).

79 Walter D. Mignolo, *The Darker Side of Western Modernity: Global Futures, Decolonial Options* (Durham: Duke University Press, 2011).

80 Gabriella Coleman, *Hacker, Hoaxer, Whistleblower, Spy: The Many Faces of Anonymous* (London: Verso, 2014).

enfrenta a una paradoja no menor, ya que, cuanto más abierta parece la producción del conocimiento, más concentrado se vuelve su control y menos impacto parece tener entre los pares⁸¹.

En este contexto, la disciplina histórica enfrenta la tarea urgente de pensar sobre la soberanía digital del conocimiento. Ramesh Srinivasan propone la idea de un “internet plural”, sustentado en epistemologías locales y comunidades que definan sus propias infraestructuras de memoria⁸². De modo complementario, Alexandra Juhasz, Ganaele Langlois y Nishant Shah plantean el concepto de “tecnologías de la marginalidad” para referirse a las prácticas que resisten la homogeneización de la cuarta revolución industrial⁸³. Ambas obras coinciden en que la historia no puede limitarse a consumir datos, sino que debe participar en su creación y preservación, reconociendo que toda tecnología implica una política del archivo. Solo de esta manera parece que el historiador podría escapar de la dependencia estructural que se esconde tras una fachada de abundancia y neutralidad.

Cuarto, la cornucopia de la data, acompañada de la expansión del análisis automatizado y los métodos algorítmicos, ha generado una homogeneización epistémica, ya que las herramientas digitales tienden a uniformar los modos de representación del

pasado. Al respecto, David Berry advierte que, por ejemplo, los algoritmos introducen una “gramática computacional del pensamiento” que orienta la investigación hacia lo cuantificable, reduciendo la complejidad narrativa de lo cualitativo⁸⁴. En el mismo sentido, Lev Manovich observa que las humanidades digitales corren el riesgo de “confundir el mapa con el territorio”, es decir, de asumir que los modelos visuales o los gráficos de datos constituyen el pasado mismo y no una mera representación⁸⁵. Esta tendencia conduce a una historia estandarizada y predecible, donde la interpretación se diluye entre matrices de cálculo.

Este desplazamiento a lo técnico implica también una erosión de la figura del historiador como creador. La automatización parcial de la escritura y la expansión de sistemas generativos de texto están transformando la producción académica en un proceso industrializado. Meredith Broussard ha descrito esta lógica como *technochauvinism*, una ideología que sobrevalora la eficiencia técnica frente al juicio humano⁸⁶. En el ámbito de la disciplina histórica, ello se traduce en una presión hacia la productividad cuantitativa –publicar más, procesar más datos, escribir más rápido–, en detrimento del tiempo reflexivo y del estilo interpretativo. La irrupción de inteligencias artificiales con sistemas generativos de texto pone en tensión al oficio y permite pensar en la posibilidad de

81 Janis Jefferies y Sarah Kember (eds.), *Whose Book Is It Anyway? A View from Elsewhere on Publishing, Copyright and Creativity* (Cambridge: Open Book Publishers, 2019).

82 Ramesh Srinivasan, *Whose Global Village? Rethinking How Technology Shapes Our World* (Nueva York: New York University Press, 2017).

83 Alexandra Juhasz, *Ganaele Langlois y Nishant Shah, Really Fake* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2019).

84 David M. Berry, *The Philosophy of Software: Code and Mediation in the Digital Age* (London: Palgrave Macmillan, 2011).

85 Lev Manovich, *Cultural Analytics* (Cambridge: MIT Press, 2020).

86 Meredith Broussard, *Artificial Unintelligence: How Computers Misunderstand the World* (Cambridge: MIT Press, 2018).

una historia sin historiador, sin subjetividad y, por ende, sin conciencia crítica.

De esta manera, lejos de consolidar una utopía de acceso y democratización, la llamada cornucopia de la data revela su verdadera naturaleza como un espejismo de la abundancia. La aparente plenitud de fuentes, mediada por algoritmos y sostenida en infraestructuras asimétricas, no amplía necesariamente los horizontes del conocimiento histórico, solo los condiciona, los ordena y los estandariza. Los historiadores, en su entusiasmo –y miedo– por la acumulación y la velocidad, corren el riesgo de olvidar que la interpretación exige escasez, selección y distancia crítica. El oficio del historiador, antes que rendirse frente a la promesa de un archivo total, debe reconocer que, al igual que en la historia, cualquier idea categórica exige una revisión, y en este caso, parece que el exceso encubre carencias o, al menos, dificultades. Hablar así de un espejismo de la abundancia implica la posibilidad de recuperar la sospecha epistemológica frente a tecnologías que prometen totalidad, y reivindicar la tarea lenta, situada y muchas veces artesanal del pensamiento histórico como contrapeso a la automatización no solo del oficio, sino del mismo sentido.

PALABRAS FINALES

Esta reflexión permite comprender que la denominada cornucopia de la data no constituye una promesa de plenitud ni un renacimiento del saber histórico, sino el síntoma de una mutación epistémica más profunda: el paso de la cultura del archivo a la cultura del algoritmo. Bajo la apariencia de un acceso universal, la historiografía

se desenvuelve dentro de infraestructuras que filtran, jerarquizan y estandarizan la información, generando un orden técnico del conocimiento. Lo que se presenta como abundancia ilimitada encubre más bien una serie de mediaciones invisibles que deciden silenciosamente qué puede ser visto, leído y/o recordado. La abundancia deja así de ser una condición cuantitativa y se convierte en una forma contemporánea de control epistémico, donde el exceso de datos sustituye a la diversidad de perspectivas.

Al respecto, la naturaleza misma del oficio del historiador se ve afectada. La mediación algorítmica desmaterializa el archivo y disuelve la experiencia sensorial del documento, reemplazándola por una relación abstracta con representaciones codificadas. El historiador ya no se enfrenta al testimonio del pasado, sino, en general, a su reconstrucción digital, es decir, a un conjunto de rastros técnicos cuya fiabilidad depende de sistemas opacos y de economías globales sobre los datos. Frente a ello, el ideal de una historia crítica se ve tensionado por una lógica de inmediatez y eficiencia que desacraliza –y pugna contra– el tiempo del pensamiento. En este nuevo escenario, el historiador corre el riesgo de convertirse en un operario del flujo informativo o un curador de correlaciones, más que un intérprete del sentido de la historia.

Por lo demás, la cornucopia y su promesa democratizadora a través del archivo digital no termina más que reproduciendo desigualdades que decía superar. El norte global archiva, clasifica y conserva, mientras el sur permanece ausente o, en el mejor de los casos, sub-representado. La cornucopia

no es, por tanto, universal, ya que su abundancia depende de infraestructuras técnicas y capitales que construyen una colonialidad de los datos, donde la historia se sigue escribiendo desde los mismos centros de antaño. Hablar así de un espejismo de la abundancia no solo implica reconocer las limitaciones técnicas del entorno digital, sino también de sus implicaciones políticas y epistémicas.

No obstante, también se ha de ser sincero. En los últimos cuarenta años, a nivel mundial, y por lo menos en los últimos veinte, a nivel regional, la historia es, casi siempre, digital respecto a sus fuentes desde el origen, lo que no es solo un reto fuerte para la historiografía, sino también una realidad. Durante décadas la disciplina se ha venido desarrollando de esta manera, desde los noveles estudiantes, pasando por los investigadores de postgrado, hasta los académicos ya consolidados. Distinciones apartes con la así entendida historia digital⁸⁷, este ha sido el escenario de la disciplina durante años, en el cual, con más o menos adaptabilidad que en otras disciplinas, la historia ha sabido florecer.

Por ello, el desafío de la disciplina histórica en el siglo XXI no consiste en celebrar la sobreinformación, sino en reaprender a pensar en condiciones de exceso. El historiador debe volver a situarse como mediador crítico, capaz de traducir el ruido en conocimiento y de ejercer sospecha sobre las formas aparentemente neutras de la verdad digital. En lugar de aceptar la cornucopia como horizonte, la historia puede reivindicar su propio ritmo: la lentitud del análisis, la economía del sentido

y la ética de la selección. No hay que pensar en una renuncia al oficio, sino más bien en su renovación. Reconocer el espejismo de la abundancia significa asumir, por ejemplo, que toda tecnología de la memoria conlleva también una política del olvido, y que solo la conciencia crítica del historiador puede devolverle espesor, límite y, porque no decirlo, humanidad a los datos.

BIBLIOGRAFÍA

Álvarez, Adriana y Miriam Peña. 2016. "Las Humanidades Digitales en América Latina", en *Virtualis* 7/13 (Monterrey): 60–73.

Anderson, Chris. 2008. *The Long Tail: Why the Future of Business is Selling Less of More*. New York: Grand Central Publishing.

Babbage, Charles. 2019. *On the Economy of Machinery and Manufactures*. Nueva York: Cambridge University Press.

Bacon, Francis. 2017. [1627]. *New Atlantis*. London: William Rawley.

Bassett, Caroline. 2015. *The Arc and the Machine: Narrative and New Media*. Manchester: Manchester University Press.

Bell, Daniel. 1973. *The Coming of Post-Industrial Society*. New York: Basic Books.

Bellamy, Edward. 2019. [1888]. *Looking Backward, 2000–1887*. Boston: Ticknor and Company.

87 Salmi, *What is digital history?...*

- Berardi, Franco. 2017. *Futurability: The Age of Impotence and the Horizon of Possibility*. London: Verso.
- Berry, David M. 2011. *The Philosophy of Software: Code and Mediation in the Digital Age*. London: Palgrave Macmillan.
- Borgman, Christine L. 2015. *Big Data, Little Data, No Data: Scholarship in the Networked World*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Broussard, Meredith. 2018. *Artificial Unintelligence: How Computers Misunderstand the World*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Brügger, Niels. 2018. *The Archived Web: Doing History in the Digital Age*. Cambridge: MIT Press.
- Burke, Peter. 2019. *What Is Cultural History?* Cambridge: Polity Press.
- Carr, Edward H. 1961. *What Is History?* London: Macmillan, 1961.
- Castells, Manuel. 1996. *The Rise of the Network Society*. Oxford: Blackwell.
- Cayo Julio Higinio. 2008. *Fábulas. Astronomía*. Madrid: Ediciones Akal.
- Chartier, Roger. 2014. *El orden de los libros: Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Madrid: Gedisa.
- Cohen, Daniel J. y Roy Rosenzweig. 2005. *Digital History: A Guide to Gathering, Preserving, and Presenting the Past on the Web*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Coleman, Gabriella. 2014. *Hacker, Hoaxer, Whistleblower, Spy: The Many Faces of Anonymous*. London: Verso.
- Cortada James W. y William Aspray. 2019. *From Urban Legends to Political Fact-Checking: Online Scrutiny in America*. Cham: Springer Cham.
- Couldry, Nick, and Ulises A. Mejías. 2019. *The Costs of Connection: How Data Is Colonizing Human Life and Appropriating It for Capitalism*. Stanford: Stanford University Press.
- Drucker, Johanna. 2011. “Humanities Approaches to Graphical Display”, en *Digital Humanities Quarterly* 5/1 (EE. UU.): 1-22
- Drucker, Johanna. 2014. *Graphesis: Visual Forms of Knowledge Production*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Drucker, Johanna. 2021. *The Digital Humanities Coursebook: An Introduction to Digital Methods for Research and Scholarship*. London: Routledge.
- Edmond, Jennifer (ed.). 2020. *Digital Technology and the Practices of Humanities Research*. London: Open Book Publishers.
- Ellul, Jacques. 1954. *La technique ou l'enjeu du siècle*. Paris: Armand Colin.
- Eratóstenes. 1999. *Mitología del firmamento*. Madrid: Alianza Editorial.
- Evans, Richard J. 2018. *In Defence of History*. London: Granta Books.

- Eve, Martin Paul. 2014. *Open Access and the Humanities: Contexts, Controversies and the Future*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Farge, Arlette. 1989. *Le goût de l'archive*. Paris: Éditions du Seuil.
- Fitzpatrick, Kathleen. 2019. *Generous Thinking: A Radical Approach to Saving the University*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Flanders, Julia y Fortis Jannidis (eds.). 2018. *The shape of data in digital humanities: modeling texts and text-based resources*. London: Routledge.
- Franzosi, Roberto. 2017. "La prensa como fuente de datos socio-históricos: cuestiones sobre la metodología de recolección de datos a partir de periódicos", en *Revista de Estudios Marítimos y Sociales* 1/11 (Mar del Plata): 255-286.
- Fyfe, Aileen, Kelly Coate, Stephen Curry, Stuart Lawson, Noah Moxham y Camilla Mørk Røstvik. 2017. *Untangling Academic Publishing: A History of the Relationship Between Commercial Interests, Academic Prestige and the Circulation of Research*. St Andrews: University of St Andrews.
- Gere, Charlie. 2002. *Digital Culture*. London: Reaktion Books.
- Giannachi, Gabriella. 2016. *Archive Everything: Mapping the Everyday*. Cambridge: MIT Press.
- Gitelman, Lisa, (ed.). 2013. *Raw Data Is an Oxymoron*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Gleick, James. 2011. *The Information: A History, a Theory, a Flood*. New York: Pantheon Books.
- Guldi, Jo y David Armitage. 2014. *The History Manifesto*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hampshire, Edward y Valerie Johnson. 2009. "The Digital World and the Future of Historical Research", en *Twentieth Century British History* 20/3 (London): 396-414.
- Han, Byung-Chul. 2017. *En el enjambre*. Barcelona: Herder.
- Hesíodo. 2024. *Teogonía*. Madrid: Editorial Gredos.
- Hicks, Diana; Paul Wouters; Ludo Waltman; Sarah de Rijcke e Ismael Rafols. 2015. "Bibliometrics: The Leiden Manifesto for Research Metrics", en *Nature* 520/7548 (London): 429-431
- Hitchcock, Tim. 2013. "Confronting the Digital: Or How Academic History Writing Lost the Plot", en *Cultural and Social History* 10/1 (Reino Unido): 9-23.
- Hoskins, Andrew. 2018. *Digital Memory Studies: Media Pasts in Transition*. London: Routledge, 2018.
- Hughes, James. 2004. *Citizen Cyborg. Why democratic societies must respond to the redesigned human of the future*. Cambridge: Westview Press.
- Jefferies, Janis y Sarah Kember (eds.). 2019. *Whose Book Is It Anyway? A View from Elsewhere on Publishing, Copyright and Creativity*. Cambridge: Open Book Publishers.

- Juhasz, Alexandra; Ganaele Langlois y Nishant Shah. 2019. *Really Fake* (Minneapolis: University of Minnesota Press).
- Kennedy, Helen. 2016. *Post, Mine, Repeat: Social Media Data Mining Becomes Ordinary*. London: Palgrave Macmillan.
- Kirschenbaum, Matthew G. 2008. *Mechanisms: New Media and the Forensic Imagination*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Kitchin, Rob. 2014. *The Data Revolution: Big Data, Open Data, Data Infrastructures and Their Consequences*. London: SAGE.
- Liu, Alan. 2013. "The Meaning of the Digital Humanities", en *PMLA* (Publications of the Modern Language Association) 128/2 (Cambridge): 409-423.
- Manovich, Lev. 2020. *Cultural Analytics*. Cambridge, MA: MIT Press.
- McLuhan, Marshall. 2013. *Understanding Media. The Extensions of Man*. California: Gingko Press.
- Mignolo, Walter D. 2011. *The Darker Side of Western Modernity: Global Futures, Decolonial Options*. Durham: Duke University Press, 2011.
- Milligan, Ian. 2019. *History in the Age of Abundance? How the Web Is Transforming Historical Research*. Montreal: McGill-Queen's University Press.
- Moretti, Franco. 2013. *Distant Reading*. London: Verso.
- Mumford, Lewis. 1955 [1934]. *Technics and Civilization*. London: Routledge & Kegan Paul Ltda. [Disponible en: https://monoskop.org/images/f/fa/Mumford_Lewis_Technics_and_Civilization.pdf. (Consultado el 30 de marzo de 2026).
- Mumford, Lewis. 2010. *El mito de la máquina. Técnica y evolución humana*. La Rioja: Editorial Pepitas de calabaza.
- Ndlovu-Gatsheni, Sabelo J. 2018. *Epistemic Freedom in Africa: Deprovincialization and Decolonization*. London: Routledge.
- Noble, Safiya Umoja. 2018. *Algorithms of Oppression: How Search Engines Reinforce Racism*. New York: New York University Press.
- Owens, Trevor. 2018. *The Theory and Craft of Digital Preservation*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Parikka, Jussi. 2012. *What Is Media Archaeology?* Cambridge: Polity Press.
- Putnam, Lara. 2016. "The Transnational and the Text-Searchable: Digitized Sources and the Shadows They Cast", en *American Historical Review* 121/2 (Oxford): 377-402.
- Ramírez Autrán, Rodrigo. 2023. "Sesgos y discriminaciones sociales de los algoritmos en Inteligencia Artificial: Una revisión documental", en *Entretextos* 15/39 (México): artículo 2.
- Rosenzweig, Roy. 2001. "The Road to Xanadu: Public and Private Pathways on the History Web", en *Journal of American History* 88/2 (EE.UU.): 548-579

- Ruppert, Evelyn; Engin Isin, and Didier Bigo. 2017. "Data Politics", en *Big Data & Society* 4/2 (California).
- Salmi, Hannu. 2021. *What is digital history?* Cambridge: Polity Press.
- Shah, Nishant. 2019. *Really Fake*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Shirky, Clay. 2008. *Here Comes Everybody. The Power of Organizing Without Organizations*. London: Penguin Publishing Group.
- Smiles, Samuel. 2009 [1859]. *Self-Help*. Auckland: The Floating Press. [Disponible en: <https://dn721501.ca.archive.org/0/items/selfhelpwithillu00smilrich/selfhelpwithillu00smilrich.pdf>]. (Consultado el 30 marzo de 2026).
- Srinivasan, Ramesh. 2017. *Whose Global Village? Rethinking How Technology Shapes Our World*. New York: New York University Press.
- Terras, Melissa. 2011. "Digitisation and Digital Resources in the Humanities", en *Digital Humanities Quarterly* 5/1 (Boston):47-70.
- Toffler, Alvin. 1980. *The Third Wave*. New York: William Morrow.
- Wevers, Melvin y Thomas Smits. 2020. "The Visual Digital Turn: Using Neural Networks to Study Historical Images", en *Digital Scholarship in the Humanities* 35/1 (Oxford): 194-207.
- White, Hayden. 1973. *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Winner, Langdon. 1977. *Autonomous Technology: Technics-out-of-Control as a Theme in Political Thought*. Cambridge: MIT Press.